

Pontificia Universidad Javeriana
Grupo de Filosofía del Dolor
Comprendiendo la experiencia humana del cáncer
Director: Doctor Fernando Cardona
Relatoría: Olga Lucía Gómez Fontecha
Sesión: 31 de julio de 2017
Sontag, S. La enfermedad y sus metáforas. §§ 3-7; pp. 31-70

« “Nos contamos historias para poder vivir”. Es una frase de Joan Didion y, al considerar la vida de mi madre, me he preguntado últimamente si nos contamos historias también para morir». David Rieff

¿Cómo una enfermedad modifica nuestra pasión y sentimiento?

Aquel otro lugar, el del reino de los enfermos, implica una transformación en el paciente, a la que Susan Sontag, en *La enfermedad y sus metáforas*, dedica sus reflexiones en medio del padecimiento del primer cáncer contra el cual luchaba; dejando en claro que su tema no es la enfermedad física en sí, sino el “uso que de ella se hace como figura o metáfora” (p.11); y aclarar esas metáforas, será el primer paso que plantea la escritora, en la búsqueda de su liberación. Para Sontag resulta casi inconcebible que se haya tergiversado la realidad de una dolencia tan espantosa como la resultante de la tuberculosis. La imagen de un amor “enfermizo” y de una pasión que consume, es la metáfora más utilizada por el movimiento romántico del siglo XIX, para concebir tal enfermedad.

Acerca de una romántica enfermedad

Sontag, en el recorrido que describe a través de la literatura, apela al personaje de *La montaña mágica*, quien encuentra en la tuberculosis un posible exceso de pasión, “los síntomas de una enfermedad son la manifestación disfrazada del poder del amor; y toda enfermedad no es más que el amor transformado”(p.32). Por el contrario, existe la creencia que el cáncer se debe a una insuficiencia de pasión, “que aqueja a los reprimidos sexuales, los inhibidos, pocos espontáneos, incapaces de cólera” (p.32). Pareciera entonces, que una vida sexual liberada podría ser un seguro contra el cáncer; lo cual se asemeja a la prescripción de mayor terapia sexual para la tuberculosis.

La propensión a la tuberculosis, combina una amalgama de dos fantasías: “alguien a la vez apasionado y reprimido”(p.51). El sentimiento de resignación, marca la pauta de la tuberculosis en el S. XIX y el Cáncer del S. XX. Precisamente Sontag acude a *La Cabaña del tío Tom*, donde Little Evase muere en una serenidad preternatural anunciando: “Mis fuerzas se desvanecen día a día, sé que tengo que marchar”. Años después, tras haber superado ya dos cánceres que intentaron opacar la vida de nuestra escritora, su hijo David Rieff, describiría la agonía de Susan Sontag así: “Poco antes de morir, miró a una de las asistentes de enfermería –una mujer espléndida, que la

cuido como a su propia madre y le dijo: “Voy a morir”, y luego comenzó a llorar. (Rieff David. Nadando en un Mar de Muerte. Letras Libres. Febrero 2006. Pag. 54).

Para Sontag la metáfora lograda de la tuberculosis se anidada en la vida de pacientes sensibles a quienes les falta fuerza vital para soportar el sufrimiento. A mediados del siglo XVIII sufrir de tuberculosis había adquirido matices románticos, se describe en estos capítulos, que para los *esnobs* y trepadores sociales, la tuberculosis era señal de gentileza, delicadeza y sensibilidad; considerada una especie de decorado interior del cuerpo. En el siglo XIX, era encantador tener aspecto enfermo, Sontag hace referencia a la descripción de Camille Saint-Saens: “Estar pálido y desangrado era la moda” vinculando en la nota a Chopin con la princesa Belgiojoso que se paseaba por los *boulevards*; era un nuevo modelo para la moda aristocrática. Esta romantización de la tuberculosis representa la promoción del propio yo como imagen, un aire lánguido que favorece.

De las transformaciones metafóricas de la tuberculosis, las posturas literarias y eróticas llamadas “agonía romántica”, desconociendo el hedor del aliento del tísico, simbolizan la vulnerabilidad en una sensibilidad superior y atrayente. Al respecto Sontag cita a Théophile Gautier quien afirma que no habría aceptado como poeta lírico a nadie que pesara más de cuarenta y cinco kilos. De esta forma, y con la tuberculosis, surge la idea de la enfermedad individual, poniendo de relieve a una persona por encima de su entorno, aislando al individuo de la comunidad, haciendo a la gente más consciente de su muerte y hasta volviendo a la enfermedad, un modo de volver más interesante a la gente. Esta individualización de la enfermedad, es tratada por Nietzsche, en *La voluntad de poder*, con sus célebres juicios sobre la debilidad y el agotamiento cultural o decadencia del individuo. Para Sontag, “el mito de la tuberculosis es el penúltimo episodio en la larga carrera del viejo concepto de melancolía, la enfermedad del artista, según la teoría de los cuatro humores” (p.43).

Siendo así considerado el temperamento melancólico como un temperamento superior, característico de un ser aparte, con la desaparición de la tuberculosis a finales del siglo XX, se llegó a explicar la decadencia de la literatura y de las artes de la época. A finales del S.XIX, el tuberculoso, de vida bohemia, con o sin vocación artística, se convierte en una razón para el exilio. La idea del retiro sin ningún tipo de responsabilidad, fue el espíritu de *La Montaña Mágica*, novela de Mann de 1924, que refleja una enfermedad refinada del espíritu burgués.

Los legados que asume la locura

El mito de la tuberculosis pudo sobrevivir durante casi dos siglos, hasta que en 1900, gracias a una higiene mejorada comenzó a descender en sus víctimas y fue combatida finalmente con la estreptomycinina en 1944 y con la isoniacida en 1952. Pero más allá, de esta tergiversación de la tuberculosis, resulta sumamente grave para Sontag, la distorsión de la enfermedad desgarradora, de sensibilidad superior y de sentimientos de insatisfacción representada en la locura. A esta enfermedad también le depara el encierro, el exilio, “una vez encerrado el paciente entra en un segundo mundo, con sus reglas especiales” (p.46). La locura recibe de las constelaciones metafóricas de la tuberculosis, los rasgos de un paciente turbulento, descuidado, de extremas

pasiones y demasiado sensible para soportar el mundo. Hoy la locura carga el mito secular de autotrascendencia.

Tomando distancia de la metáfora de la tuberculosis, lo cierto es que ésta era una enfermedad aterradora, contagiosa, con “macula” aparentemente arbitraria e incommunicable; y con la presunción de ser hereditaria o de tener alguna cierta predisposición intrínseca, al igual que se presume hoy en día la herencia del cáncer. Por lo mismo, un individuo afectado por el cólera o el tifus no se pregunta: Por qué yo?, pregunta ineludible en un enfermo de cáncer.

La enfermedad como castigo

La plaga de la sífilis del siglo XIX, condujo a considerar esta enfermedad como previsible por ser contraída a través de relaciones sexuales; por lo mismo no se le atribuía algún tipo de predisposición, se le atribuía un juicio moral, pero no un juicio psicológico. Razón por la que especulaciones de los antiguos, de la enfermedad como instrumento de la ira divina, tienen cabida. Contrario a este juicio, los mitos modernos atribuyen a la tuberculosis y al cáncer, como juicio propio; de ahí que Kafka decía de su tuberculosis, en carta a Max Brod, “Mi cabeza y mis pulmones se han puesto de acuerdo a mis espaldas” (p.52); y Wilhem Reich, confiesa que su interés en el cáncer, reposa en la supuesta traición del cuerpo, por una lógica interna, que lo lleva a formular su teoría sobre el vínculo entre las enfermedades mortales y el temperamento de sus víctimas humilladas. Las enfermedades temidas sacaban a relucir lo mejor y lo peor de la gente; cuanto menos perjuicios tenía el cronista y cuanto menos castigo era para él la enfermedad, tanto mayor la probabilidad que su relato acentuara la corrupción moral por la epidemia. Boccaccio en el Decameron, describe lo mal que se comportaban los florentinos durante la peste de 1348; decía el italiano “la calamidad del mal abre camino para que discernamos en qué nos hemos engañado toda la vida y cuáles han sido nuestras fallas de carácter” (p.54).

Sobre la relación entre enfermedad y paciente

La correspondencia entre la enfermedad y su víctima, en la Ilíada y en la Odisea, aparece como castigo sobrenatural; para los griegos podía ser la enfermedad gratuita o merecida. Durante el cristianismo, la enfermedad podía ser un castigo particularmente apropiado y justo; en el siglo XIX se empezó a pensar que la enfermedad es una expresión del carácter, un exponente de ello es Schopenhauer, quien señala que la voluntad se muestra como cuerpo organizado, y la presencia de la enfermedad significa que la voluntad misma está enferma. De otro lado Bichat, llamaba salud al silencio de los órganos y a la enfermedad su rebelión; para Groddeck la enfermedad es un símbolo de algo que sucede dentro, “una obra escenificada por el Ello” (p.56).

En la modernidad, Kant alude a la figura del cáncer con el fin de describir las pasiones incurables para la razón pura objetiva; entre tanto Rousseau entendía como un cumplido que Émile fuera en el mundo el más incapaz de esconder sus sentimientos. La enfermedad se transforma en vehículo de sentimientos excesivos; de esta forma, “la enfermedad ya no se sitúa entre las pasiones moderadas y las excesivas, sino entre las ocultas y las que salen a relucir” (p.57). La enfermedad se vuelve descifrable, revela deseos que el paciente ignoraba.

Explica Sontag que buena parte de las fantasías actuales se asocian al cáncer con represión se deben a Wilhelm Reich, que definió el cáncer como una enfermedad que nace de la represión emocional, un encogimiento bioenergético, una pérdida de esperanzas; presentando como ejemplo el cáncer que afrontó Freud, que siendo muy infeliz en su matrimonio y entregándose a la resignación, tuvo que abandonar los placeres personales, en su edad madura.

El romanticismo contemporáneo se aleja del clásico, al plantear un principio inverso: “soy yo, quien está exento de todo deseo” (p.57). Seres autodestructivos, candidatos para el mito del cáncer: amargos, atormentados por su contemplación de sí mismos, como el personaje de *La Nausea* de Sartre, Roquentin, antihéroe pasivo sin afectos, indiferente.

El cáncer como enfermedad que expresa el Yo

Resulta aún más moralista, para nuestra escritora, tomar a la enfermedad como expresión del yo, afirmando en el carácter la causa de la enfermedad; “la pasión avanza hacia adentro, ataca y aniquila los recovecos celulares más profundos”(p.58). Para Sontag opiniones tan descabelladas como la de Groddeck, que señalan que es el enfermo mismo quien crea la enfermedad, y al tiempo descargan en el paciente la responsabilidad del mal que le aqueja e impiden comprender tratamiento posible, dando además por sentado que la cura depende de la capacidad de amor propio del paciente. No obstante mientras el tuberculoso podía ser un marginado, el canceroso es un perdedor; el diagnóstico de personajes como Freud y Wittgenstein, fue el de obtener por sus instintos reprimidos un horrible castigo.

Las especulaciones sobre las causas del cáncer tienen precedente en la literatura sobre la tuberculosis; la depresión, sentimiento de dolor poco romántico, desplaza la idea de la melancolía, presentándose como causa emocional del cáncer; “en estos casos clínicos es corriente ese lenguaje tan fácil de la desesperación, la insatisfacción y la obsesión por la soledad”(p.64). Sin embargo, el canceroso victoriano había tenido una vida agobiada de trabajo y con aflicciones familiares, alejado del canceroso estadounidense, que dice sentirse solitario y aislado. En el siglo XIX se pensaba que las causas del cáncer era un cumulo de emociones a moderar, donde la cura era el no entregarse a la aflicción; ahora se prescribe la expresión personal, afirma Sontag que “no hay oncólogo practicante de la poliquimioterapia y de la inmunoterapia que haya contribuido jamás a las fábulas sobre la personalidad específicamente cancerosa”(p.67).

En 1881 Robert Koch anuncia el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis, desmontando las causas de predisposición hereditaria, clima desfavorable, vida sedentaria, o todas las teorías emocionales que daban respuesta al origen de la enfermedad; “todas las teorías que atribuyen las enfermedades a los estados de ánimo y su cura a la mera fuerza de voluntad son síntoma de lo poco que se conoce del terreno físico de la patología”(p.68).

Para finalizar estos capítulos, Sontag señala que el pensamiento moderno tiende a psicologizar las enfermedades, minando la realidad de ellas y ampliando cada vez más las categorías de enfermedades mentales; de esta forma, la negación de la muerte nace de la ampliación de la categoría de la enfermedad misma; pues cualquier forma de desviación social es considerada como

patología; y toda patología es enfocada psicológicamente. Estas dos hipótesis, llevan a pensar que la enfermedad podría curarse con movilizar la fuerza de voluntad. Puede ser que en relación con la movilización de esta voluntad, en *Nadando en un mar de muerte*, el hijo de Sontag, David Rieff, cita las palabras del oncólogo de su madre, quien con pesadumbre afirma, “el poder que tiene el médico para ejercer influencia sobre los pacientes, ya sea para llevarlos por un camino o por otro, es casi total” (Rieff D, p.49)

Bibliografía

Sontag. S. La enfermedad y sus metáforas. Bogotá: Random House Mondadori, 2017.

Rieff D. Nadando en un Mar de Muerte. Letras Libres. Febrero 2006.